

KPD

*Historia social y memoria de
una fábrica soviética en Chile*

Andrés Brignardello Valdivia



PRESENTACIÓN

ESTA HISTORIA PUDO HABER OCURRIDO EN cualquier parte del mundo, pero ocurrió en Quilpué, una pequeña ciudad de la zona central de Chile. Transcurrió en medio del conflicto ideológico más complejo del siglo pasado, la “Guerra Fría”, un enfrentamiento global de dos superpotencias surgidas de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética y Estados Unidos, que pretendieron imponer su forma de vida a muchos países bajo su influencia, haciéndolos parte de sus órbitas económicas, militares y culturales.

En ese sentido, es preciso señalar que a inicios de la década de los 70, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en una abierta señal de apoyo al gobierno de Salvador Allende, donó una industria automatizada para la construcción de edificios en base a paneles prefabricados de concreto, la que se instaló en el barrio de El Belloto, zona industrial de la ciudad de Quilpué.

En nuestro continente, la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética se cruzó con la historia misma de las sociedades nacionales latinoamericanas y su larga lucha por desprenderse de sus oligarquías locales y su dependencia del gran país del

norte. La presencia de la Unión Soviética en los conflictos internos generó reacciones violentas por parte de la aristocracia y la clase media, muy sensible a los discursos populistas de las libertades y las oportunidades.

En el caso de Chile, existía un movimiento obrero con décadas de maduración, que había levantado un discurso revolucionario legitimado en la sociedad y además había fundado partidos de izquierda muy tempranamente en el siglo xx, constituyéndose como una cultura política amplia y con una firme vocación democrática, participando de la vida institucional y política al tiempo que levantaba las banderas del cambio social.

Este movimiento obrero había realizado varios intentos por conquistar la primera magistratura del país con candidatos populares, entre ellos Salvador Allende, quien logró en 1970 ganar la elección ofreciendo un programa de gobierno con medidas radicales.

Una verdadera revolución se instaló en este pequeño país y los ojos del mundo observaron este experimento democrático, una revolución que se inició por la vía electoral y que fue sacudida por los vientos de la historia.

En ese contexto surgió la industria KPD, experiencia de gestión chileno-soviética que vivió su experiencia productiva entre 1972 y 1981. Criticada en su momento, añorada en la actualidad, ahora que los tiempos nos obligan a la memoria social y al rescate de los hechos y procesos que en su momento estuvieron mediados por las pasiones políticas, el miedo y la violencia.

Un documental con su historia y un premio internacional obtenido en la versión 2014 de la Bienal de Venecia devolvieron esta historia a sus legítimos dueños, el pueblo chileno. Por ello, los edificios levantados por esta fábrica nos hablan y nos interpelan. Nos dicen que la lucha por la vivienda tuvo en los edificios construidos por la industria KPD, quizá la expresión más exitosa y generosa en una larga historia de lucha por una vivienda digna. La experiencia KPD nos dice que es posible dar soluciones habitacionales dignas si existe la voluntad política para hacerlo.

En la larga historia de la vivienda social en Chile, KPD fue capaz de mostrar el valor del trabajo y sus resultados cuando el objeto no fueron el dinero ni el lucro. Allí residió el valor de su experiencia. Con KPD fue posible ver la generosidad de los pueblos, eso que los comunistas llamaron el “internacionalismo revolucionario”, aportes al desarrollo social y la habilitación de competencias técnicas con el fin de apoyar procesos de liberación al neocolonialismo sometido por los imperios europeos y norteamericano.

La planta KPD fue una realidad en Cuba, Chile, Mozambique, Alemania Oriental, Polonia, en la misma Unión Soviética y sus lejanas zonas interiores. Así como la Guerra Fría tuvo una expresión planetaria, la solidaridad de la URSS con los países del tercer mundo también existió en experiencias como esta.

Pese al esfuerzo dictatorial por hacer desaparecer esta industria a través del desprestigio de

su función, del silenciamiento de su historia, de la destrucción de sus instalaciones y la persecución de sus trabajadores, KPD permanece en la memoria colectiva de manera positiva. Su existencia está asociada al progreso, al compromiso y a la dignidad.

Agradezco poder contar esta historia que fue significativa para los vecinos y vecinas que vivieron con pasión la época de la Unidad Popular y en especial a los habitantes y pobladores de las comunidades construidas por esta desaparecida industria. Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo del Gobierno Regional de Valparaíso y su Fondo de Cultura 2015, al Centro Cultural Ojo Sur que fue el promotor de esta edición, al entusiasmo y apoyo de la Municipalidad de Quilpué y finalmente a quienes sufriendo la cárcel, la cesantía y la tortura no se doblegaron ante el olvido: la “Agrupación de Ex Trabajadores VER-KPD” y muy especialmente a mi amigo y compañero Servando Mora, quien desde su sencillez, convicción y buena voluntad ha tenido la generosidad de compartir esta historia con mucho orgullo por la experiencia socialista del Presidente Allende y que se enmarca en uno de los pasajes más brillantes de la historia del movimiento obrero chileno.

Finalmente quisiera agradecer a mi familia la paciencia al dejarme escribir estos textos. A Luciano y Francisca, hermosos rebeldes y aventureros hijos a quienes tanto amo, pero muy en especial a Martín Andrés y Mateo Salvador, pequeños gigantes en mi

corazón, amados y consentidos, a quienes dedico este sencillo libro.

QUILPUÉ, ABRIL DE 2016.

PRÓLOGO

LA MEMORIA EN CHILE ES UN TERRITORIO EN disputa, situación agravada a partir del golpe del 11 de septiembre de 1973, de tal manera que de hecho se ha develado en un fenómeno político que divide a la sociedad, atravesando incluso las clases sociales y las combinaciones políticas coyunturales post golpe. Si bien una parte importante de esta visión y división está referida a la violación de los Derechos Humanos por la dictadura cívico-militar, el problema es más amplio y complejo.

En efecto, de alguna manera la visión que se tiene del período de la UP y el golpe cívico-militar determina una manera de interpretar la historia de nuestro país, como un antes y un después, como un quiebre brutal, que efectivamente lo fue y una revisión crítica del período anterior.

Se enfrentan dos maneras de ver la experiencia de la coyuntura UP-golpe, una con dos variantes, la oficial, desde el Estado, que privilegia una visión crítica de ambos extremos, de un empate catastrófico, de la cual hay que extraer enseñanzas pedagógicas que fundamentan la reconstrucción de una sociedad consensuada que evite la politización.

Visión que privilegia la conmemoración de hechos y/o acontecimientos, lugares, personajes, fechas desde el 11 de septiembre hacia adelante, privilegiando el reinicio, post dictadura, de una sociedad consensuada a partir del trauma y sin considerar los valores construidos en la historia nacional hasta 1973. Si actualmente hay alguna continuidad histórica, es con el modelo económico neoliberal y el mercado como resolución del conflicto.

La otra variante es claramente de clases, desde la dominación, que va desde la negación de las violaciones a los derechos humanos al reconocimiento de “errores” o “excesos” de los militares, pero que se deben dejar atrás, olvidadas o “cerrar las heridas” para avanzar en el consenso y la modernización (modelo).

Ambas variantes significan cerrar, clausurar, olvidar la rica historia social y política del movimiento popular chileno, en que la experiencia de la Unidad Popular es la culminación de un proceso de movilización iniciados a fines del siglo XIX y que adquiere su pleno desarrollo en el siglo XX. Movimiento que logró desarrollar una capacidad propositiva de proyectos “globales” que logran, en muchos de sus componentes, transformarse en parte de los denominados intereses generales (reforma agraria, nacionalización de las riquezas básicas, por ej.) Además el movimiento social y popular pudo desarrollar también propuestas de mediano y corto plazo exitosas que permitían corregir o modificar políticas estatales en áreas de la economía y/o de lo social.

En este sentido el golpe no es exclusivamente en contra de la UP sino contra toda la historia popular anterior, es exitoso en borrar desde arriba la memoria de ese pasado, como fundamento de futuro. El resultado es visible, la fragmentación del movimiento social, su bajo nivel de participación y su baja capacidad de influir social y políticamente, un consenso impuesto sobre una participación política restringida a los procesos electorales, a la ciudadanía, pero con bajas opciones de elección (binominal) y sin que sus resultados puedan influir en cambios sustantivos. Obviamente que ello genera una reacción o protesta pasiva: la abstención.

El nuevo Estado se caracteriza por ofrecer una baja cobertura y calidad de la educación y la salud pública y una seguridad social como negocio privado con condiciones miserables para los usuarios. Frente a estas variantes, los sectores populares con muchas desventajas tratan de mantener, re-construir su memoria y su historia como alternativa válida para interpretar el pasado y revalorizar identidades reprimidas.

La investigación de Andrés Brignardello sobre la KPD, la fábrica soviética de construcción industrial de departamentos, se ubica en este esfuerzo de re-construcción de historia y memoria popular, sistematizando intelectualmente el aporte de la historiografía con las fuentes derivadas de la memoria de sus trabajadores, recogidas metodológicamente a través de la historia oral.

El libro es un aporte importante a la historia de la UP y de sus trabajadores desde varias perspectivas originales. Como por ejemplo la experiencia concreta de la KPD, la vida laboral y cotidiana de la experiencia de la UP a nivel local, una microhistoria de la relación UP con la URSS entre otros. De estos aportes nos parece especialmente significativo cómo el autor desarrolla la vivencia y la percepción de la Guerra Fría a nivel local, como la “racionalidad” del enfrentamiento económico, político e ideológico de las grandes potencias se traslada a la instalación de la KPD en Quilpué. Como esa racionalidad llevada a esta experiencia concreta y local se transforma en irracionalidad, en la incomprensión de sus trabajadores por como una empresa que es un aporte significativo a la solución del problema de la vivienda, con obras sólidas, de calidad y en breve tiempo, solo por su origen soviético, se tiñe de “maldad” y es objeto, junto a sus trabajadores, de campañas de desprestigio persecución y finalmente represión y cierre de ella.

Otro tema significativo del libro, es la clara percepción de los trabajadores en su compromiso con el gobierno de la UP y el ser parte de un proyecto transformador de la sociedad, valorando su aporte en la solución del problema de las viviendas en el país.

Este es un libro contra el olvido, de recuperación de la memoria popular y local, una contribución al conocimiento del proyecto de la UP desde lo local, de la memoria de sus actores, trabajando en la base del proyecto transformador creando una riqueza

social y material para mejorar las condiciones de vida del pueblo chileno, gracias al esfuerzo y compromiso de los trabajadores de la planta de la KPD.

Es esta una investigación necesaria y que cumple con el esfuerzo de recuperación de nuestra historia.

Leopoldo Benavides Navarro

DIRECTOR
INSTITUTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO